

De todas las cosas que Garret Ashcombe había escoltado en su vida —hombres, cofres, mercancías e incluso, un burro robado—, nunca pensó en que una de sus últimas misiones sería resguardar una carta.

Tal vez, si la carta viniera de parte de un conde en aprietos o de un obispo desesperado, saciaría su ambición de aventura, dándole emoción al viaje. Pero se trataba de una carta vieja, amarillenta, oculta dentro de un sobre igual de descuidado, con una taberna como destino y enviada por un viejo soldado recién fallecido por el paso de los años.

El viaje a Kemora desde Bedford se extendía como una hebra polvorienta entre campos húmedos y robles desnudos. Un camino donde los cuervos graznaban tediosos y el barro de los senderos se pegaba a las botas con una terquedad casi personal. Para la gran mayoría de viajeros, ese tramo del este inglés era el más aburrido y poco atractivo de todos. Todos lo evitaban, pero Garret no tenía oportunidad de evadirla. Y no llevaba más de dos días de camino.

“Maldita sea. ¿Por qué acepté este viaje?”, se quejó en silencio mientras avanzaba, dejando cada vez más atrás a ese irritante joven que le habían encomendado proteger. El hombre era rollizo, con la tez pálida propia de los eruditos y los cabellos negros revueltos por el viento. Iba envuelto en una capa más cercana a la comodidad monástica que a la rigurosidad de la intemperie. Lo miraba por encima del hombro con desprecio. Detestaba a la gente cuya única preocupación era el conocimiento y le era imposible comprender a las personas que preferían dedicarse a las letras más que al trabajo. “Arrogantes, débiles y cobardes. ¡No han sufrido necesidad alguna, escondidos en sus putas bibliotecas!”.

—¡Oye, Garret! ¿No crees que vas demasiado rápido, amigo? —dijo con voz temblorosa Nell Duval, apurando el paso con torpeza—. ¡No estoy acostumbrado a caminar a ese ritmo!

“Lo que faltaba... un niño citadino”, rezongó irritado.

—Abre las malditas piernas y deja de quejarte —espetó con sequedad—. Mientras más rápido lleguemos, antes podré cobrar el pago y dejar de escucharte.

—Siempre los mercenarios dicen eso —rio el joven—. Es demasiado típico y anticuado. ¿Cómo es que mi padre confiaba en ti?

—Pregúntaselo cuando ores. Con tal que me paguen lo que me prometieron, no habrá problemas. Además, ¿no estás lo bastante grande como para necesitar escolta?

Nell bajó la cabeza.

—No es a mí a quién debes proteger, amigo. Es a la carta.

—Claro, la carta —murmuró con sarcasmo—. ¡Un encargo tan insignificante que es hasta humillante!

—Si tan solo supieras...

—¡No hay peligro, ni gloria ni diversión hasta llegar a Kemora! —Levantó los brazos—. Dios, ¿por qué me pasa esto?

—Tal vez sea mejor así, amigo. Los tiempos están bastante complicados en toda Inglaterra. Sobre todo, en los caminos.

Garret no escuchaba las explicaciones de Nell.

—Y para empeorar las cosas, debo escuchar a un niño asustado que no puede ni caminar a un buen ritmo y tener que aguantarlo por casi un mes... ¡Y todo por esa maldita

carta! —Acarició el pomo de su espada y lo miró con expresión sombría—. Es más humillación de lo que mis armas pueden tolerar, ¿sabes?

Nell soltó una carcajada.

—Eres demasiado dramático, amigo. Yo podría hacerte más ameno este viaje.

Garret gruñó divertido.

—¿Eso crees? ¡Si eres más aburrido que ir de pesca!

—Bueno... tal vez tengas razón. Llevo dos días intentando hablarte para pasar el rato y solo has estado ignorándome —sonrió con buen humor—. Pero tengo una muy buena historia que podría contarte para que no te aburras.

—¡Por favor! ¿Qué dices?

Nell sonrió: ya había captado su atención.

—¿Has oído sobre Fayette's Rest?

—¿La taberna? Sí, claro. Todos la conocen. Es más, está en Kemora.

—Sí. Nuestro destino. ¿Y has escuchado sobre la mujer que la administraba?

—Pues... sí. He oído bastante sobre ella. —Se encogió de hombros—. Pero nada interesante, la verdad. Solo las mismas historias que podrías escuchar en cualquier taberna o posada.

Sin darse cuenta, había disminuido su velocidad para caminar al lado de Nell. Solo por eso alcanzó a ver la sonrisa socarrona del joven.

—Muchos dicen que su risa calmaba a los ladrones, y otros dicen que tenía una mirada tan intimidante que hacía decir la verdad a cualquier cura mentiroso. Que era hermosa y peligrosa al mismo tiempo y que por eso terminó como terminó.

El sonido de las botas sobre el lodo pareció apagarse por un instante. La entonación y el volumen de la voz de Nell lo habían incomodado: sentía que podía escucharlo relatar la historia sin aburrirse, tal como si escuchara a un jugador.

De repente, sacudió la cabeza y escupió a un lado del camino, irritado consigo mismo por prestar oídos a las palabras del joven.

—Qué estupidez. ¿Y qué tiene que ver conmigo esa mujer? ¿Por qué me tendría que importar esa historia?

Nell se detuvo, luego se giró y lo miró con el ceño fruncido, pero con una mueca en su rostro que demostraba ambigüedad. De cierta manera, Garret se sintió intimidado. Nell entonces sacó la carta y se la mostró con autoridad.

—¿Sabes leer?

—Sí.

—¿Qué dice aquí en el sobre?

Garret lo leyó aburrido.

—Ava...

—¿Tú sabes quién es Ava?

—¿Por qué debería saberlo?

—¡Contesta!

El mercenario se sorprendió por el repentino arrebató de Nell.

“Parece que esto es muy importante para él. ¿Se lo habrán inculcado sus padres? ¿O es solo el enojo de alguien que no se siente escuchado? Típico de los eruditos”.

—No. No la conozco.

—Me lo imaginaba. Y no me sorprende. Muy pocas personas la han conocido, entre ellas, mi padre... —Sacudió la carta en su mano—. Y debía entregarle esta carta hace más de veinte años.

—¿Qué? ¡Eso es mucho tiempo! Además, el señor Duval...

—Sí —suspiró con pesar—. Mi padre me pidió ir a esa taberna como su último deseo. Y por alguna razón, exigió que me acompañaras.

—¿Por qué debía acompañarte?

—No lo sé. Quizás quería que vieras algo... o tal vez te tenía tanto aprecio como para confiarte a su único hijo.

A Garret, incomprensiblemente, el corazón le latía con fuerza, pero no pudo interpretar si se trataba de una emoción de alegría, de temor o de curiosidad. Aunque luego lo supo al ver la espalda del joven: intriga. “Necesito saber esto. ¡No puede quedar todo sin explicación!”. Entonces se adelantó para alcanzar a Nell.

—¿Y quién es esa Ava? ¿Y qué tiene que ver la taberna de Kemora con ella?

Nell no le respondió y siguió caminando.

—¡Oye! ¿Y por qué tu padre tenía esa carta? ¿Y por qué tenía que venir yo contigo?

—Haces muchas preguntas, amigo.

—¡Pero es que...!

—¿Te interesa? —completó Nell con una risa divertida.

—¡No! Solo es simple curiosidad.

Nell suspiró sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

—Todos los mercenarios son iguales: odian a los que preferimos encerrarnos a leer libros, pero están sedientos de conocimiento tanto más que nosotros. El camino a Kemora es largo. Pero te había dicho que podría amenizarte el viaje. ¿Recuerdas?

Garret entendió.

—¿Tú sabes quién es esa Ava?

Nell asintió.

—Es una larga y linda historia. —Reinició su camino, envuelto en el aura típica de los bardos. O al menos, así lo sintió Garret—: ¿Acaso estás dispuesto a escucharla?

El mercenario no respondió. Siguió a Nell con paso cansino y, por primera vez desde que salieron de Bedford, admitió que el viaje no iba a ser tan aburrido como había pensado.

—Está bien. Te escucho.